

James too takes risks in his novel, the greatest perhaps being the degree to which the latent energy of his subject-matter—the struggle not to die, the urgency of desire, the force of the will—is diverted, in the text, into the act of reading people, the strained scrutiny of faces that hold the key to some elusive meaning, James's *real thing*. (p.179)

MARÍA ANTONIA ÁLVAREZ

GEORGE, STEINER, *en diálogo con Ramín Jahanbegloo*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1994, 230 págs.

Este volumen contiene la transcripción del texto de cuatro entrevistas con el conocido crítico literario, filósofo y escritor George Steiner, entrevistas en las que manifiesta su lugar espiritual y algunas de sus concepciones e ideas.

«Ante todo me siento europeo. Yo procedo de Europa central. Me siento un judío europeo», nos dice nuestro autor, y ello constituye también «una nación espiritual, un mundo interior» porque es a la vez «la gran patria de Benjamin, de Adorno, de Ernst Bloch, de Freud y de Lukács». De inmediato evoca asimismo

a otros judíos que se llaman Chomsky, Derrida, Wittgenstein o Jakobson» y caracteriza al judío en términos «de una insaciable sed de conocimientos, de trascendencia», ya que ser judío «es no poder moverse en una habitación por los discos y los libros que la llenan. Es no comprender ciertas ambiciones humanas seculares, no comprender el materialismo».

En el presente contexto de un afán interior por el saber George Steiner manifiesta el deseo —si perdura en las memorias— de que se le recuerde en tanto «un maestro de lectura, alguien que ha pasado su vida leyendo con los demás», y así confiesa que no ha abandonado la enseñanza en las ocasiones en que podría haberlo hecho «para mantener la esperanza de que tras mi muerte, algunos se[gu]irán amando a los poetas y los filósofos que tanto he amado yo».

Establece nuestro autor en qué ha de consistir el proceso de lectura de los textos literarios: descubrir el sentido primario de cada palabra y pasar a la gramática o «música del pensamiento» (es decir, descubrir el sentido literal de la obra), y luego llegar hasta el contexto histórico: «rechazo por completo la idea de una ficción que rehúse la biografía, la historia y lo contextual». Tenemos en síntesis que la interpretación textual ha de atender primero y lógicamente a la propia lectura del texto, es decir, a dejar establecido su significado literal e inmediato, para luego insertar tal significado en el todo concreto e im-

prescindible aclaratoriamente de lo histórico y lo cultural.

Steiner se halla muy apegado por decisión de método a la particular realidad de cada discurso literario y filosófico, postula que ha de quedar interpretado literal e histórico-contextualmente, es decir, filológicamente, y exclama así: «Para mí hay una mancha [‘mancha’] moral y un narcisismo infantil en la teoría deconstruccionista derridiana que afirma que “este texto es sólo un pretexto que tiene la suerte de que yo vaya a deconstruirlo y leerlo”. El texto no es un pretexto. Puede prescindir perfectamente de mí. [...] Insisto en la [explicación], en una interpretación que sea una dinámica».

Por nuestra parte siempre hemos pensado y dicho lo mismo, que no valen la (pretendida) literatura más o menos a partir de la literatura ni las interpretaciones genéricas y más o menos antropológico-universales, sino que *cada obra literaria exige que se la entienda a la vez literal y filológicamente, y en una perspectiva histórico-particular y específica. Toda interpretación adecuada ha de explicar en cada caso la consistencia del texto en sí y no sólo en sí.*

Al pedir la adecuación y la exactitud en el estudio de los textos nuestro autor aborrece por pura lógica lo que es en el mejor de los casos erudición estéril y quizá y sin más *saber en el vacío*: que se conozca a los comentaristas y no se hayan leído los textos de manera directa e inmediata: «La situación —exclama Steiner— me asus-

ta. Se leen incluso comentarios sobre comentarios, la lectura de los compendios lo sustituye todo». Hay que reconocer que así ocurre a veces en profesionales en quienes no lo esperaríamos: en ocasiones se ejemplifica en los estudios filológicos y el lector u oyente tienen la completa evidencia de que se está hablando de textos o de contextos y pasajes que en verdad no se han visto: no sólo por esto, pero también por esto, revela nuestro autor con gran convicción moral: «A veces comparo mi vocación de enseñante con la del noventa y cinco por ciento de universitarios que no la tienen, a los que califico de asesinos de la esperanza y la perfectibilidad de los jóvenes a quienes arrebatan la posibilidad de conocer el sacerdocio que brota en cada profesor, fuente de cualquier educación verdadera».

En un mismo contexto de reserva respecto de las conductas y en segundo término las capacidades de diferentes profesores, George Steiner declara también: «Muy pocos hombres tienen en sí mismos el ritmo y la cadencia interior de lo que han creado. Algunos científicos, algunos eruditos son la excepción y se muestran a la altura de sus trabajos. Pero son escasos y es pasmoso el desfase que encontramos en los demás». Ciertamente la experiencia de la vida enseña con nitidez que no es siempre frecuente encontrar estudiosos que aúnen la bondad moral profunda con el rigor y la capacidad creadoras asimismo notorias; existen sin embargo tales estu-

diosos y la misma vida nos depara a veces poder conocerlos: en todo colectivo profesional siempre hay —aunque no se quiera reconocer y a veces no se reconoce— personas que en lo moral y lo intelectual aunadamente son los mejores. Según decimos, cuesta mucho en ocasiones reconocer a tales personas su calidad relevante.

En cuanto a cuestiones morales Steiner declara en estas conversaciones que el devenir histórico es un tejido «de crímenes cometidos con toda lucidez. Se mata con los ojos abiertos de par en par y se sigue actuando así porque el mal está ahí y complace»; la grandeza de lo humano se halla en cambio en un hecho que nuestro autor recuerda en otro momento: somos libres «porque nos es posible decir no a la realidad». Se trata por tanto de *saber decir no y querer decir no* al mal, de intentar aminorarlo o disminuirlo; a quienes no saben distinguir y reconocer el mal que afecta a otros sabido es que la teoría ética los denomina «idiotas morales», y sobre ellos ha escrito por ejemplo y lúcidamente Norbert Bilbeny.

La tesis de que hay que empeñarse en disminuir (aunque sólo lo logremos mínimamente) el mal preside asimismo otros textos de nuestro autor; las presentes conversaciones terminan evocando lo contrario de ese mal, que puede ser por ejemplo el «hermoso sueño» de que «alguien ojeará, comprará un libro a un librero de ocasión, en una librería barata, y tomará ese libro [nuestro] en las ma-

nos para que brote la chispa» (p. 222), es decir, el hermoso sueño de que podremos despertar o avivar en nuestros discípulos la chispa del afán del conocimiento.

Estamos ante un libro cuyo texto transcribe una amplia entrevista o conversación con George Steiner, pero por supuesto sus tesis fundamentales habrá que buscarlas en las sucesivas obras que ha ido haciendo; en el caso de nuestro autor creemos además que su obra escrita recorre una trayectoria, es decir, que no es lo mismo lo que se nos dice en unos textos tempranos que en otros posteriores. Nada más salir y traducirse también pronto al castellano nos llamó la atención el volumen *Extraterritorial. Ensayos sobre literatura y la revolución lingüística*, en el que —como deja sospechar el subtítulo— se glosa la empresa intelectual del profesor Noam Chomsky entre otras cosas.

El Steiner de este último volumen mencionado no es exactamente el que luego se manifiesta en *Presencias reales*; *Extraterritorial* parece mantener un punto de vista crítico-literario conforme en general con el formalismo interpretativo que no es —nos parece a nosotros— el mismo de *Presencias...* Queremos decir simplemente que el estudioso de George Steiner habrá de estar atento a las diferenciadas modulaciones sucesivas de su pensamiento: hay una trayectoria intelectual matizada en el caso de nuestro autor, y el profesional de la Crítica Literaria no deberá desconocerla.

En definitiva nos encontramos en el caso de Steiner con un autor de interés, lo mismo por las perspectivas crítico-literarias que mantiene que por otros aspectos de su pensamiento, en particular sus tomas de postura ético-políticas referidas a la que él mismo denomina «cuestión judía». La presencia en el mercado editorial español de nuestro autor, debe ser recibida como un dato favorable en cuanto facilita el acceso a textos sugerentes que han de añadirse a los muchísimos de relieve que ha dado todo el siglo XX.

FRANCISCO ABAD

STEINER, GEORGE, *Errata. El examen de una vida*, Madrid, Ediciones Siruela, 1998, 218 págs.

Nos encontramos ante una especie de autobiografía (se dan algunos datos al respecto) y a la vez ante una confesión profesional y personal por parte del autor: se abordan el gusto por la música y por las posibilidades expresivas del lenguaje, también por la enseñanza, y se hace una proclama en favor de la dedicación intelectual y de la actitud ética de la solidaridad y el compromiso, de manera que seamos en la tierra «*invitados los unos de los otros*».

Steiner por ejemplo pide para la literatura que tenga una capacidad actuativa, que ayude a modificarnos la conducta: debemos «traducir a conducta —dice— la interpretación. La hermenéutica comparte frontera con la ética. Leer a Platón, a Pascal o a Tolstoi es intentar una vida nueva y diferente», y así ocurrirá que las exigencias de lo clásico «son liberadoras». Se trata por tanto de saber reaccionar ante los mensajes artísticos para que dejen una huella en nosotros, o sea y en una palabra, de madurar en la percepción de lo estético.

Análogamente nuestro autor reclama la maduración que significa para quien aprende y también para quien enseña el propio hecho de enseñar: «La enseñanza y la camaradería, la provocación mutua en un seminario, han sido mi oxígeno personal. No puedo imaginar mi obra sin ellas. Si me resisto a jubilarme es porque mis alumnos han sido indispensables». En efecto todo profesor y estudioso acaba siendo prisionero un poco de sus perspectivas, de sus puntos de vista, y sólo la respuesta del otro —el estudiante o alumno— puede enriquecerle; la provocación del diálogo nos oxigena, nos hace saber que el mundo es más amplio que nuestro mundo, y que unos a otros todos podemos ayudarnos: siempre hay lecciones del programa que un discípulo llegará a saber hacer mejor que nosotros; «la mayor de las recompensas para un maestro es lograr el compromiso de aquellos alumnos a los que considera más capaces que él